

David Blanco Laserna

JULIETTE Y LOS CIENTO MIL FANTASMAS

CÓDIGO
CIENCIA



ANAYA

1.ª edición: mayo 2011

© del texto: David Blanco Laserna, 2011
© Diseño e ilustración: Puño, 2011
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9298-1
Depósito legal: M-16125/2011
Impreso en Anzos, S. L.
Avda. Cervantes, 51
28942 Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía
de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.

Índice

Miércoles 15 de octubre de 1891	9
Jueves 16 de octubre	19
Viernes 17 de octubre	29
Sábado 18 de octubre	38
Lunes 20 de octubre	40
Martes 21 de octubre	42
Miércoles 22 de octubre	43
Jueves 23 de octubre	44
Viernes 24 de octubre	46
Sábado 25 de octubre	48
Lunes 27 de octubre	49
Martes 28 de octubre	51
Viernes 31 de octubre	53
Sábado 1 de noviembre	61
Lunes 3 de noviembre	68
Martes 4 de noviembre	70
Miércoles 5 de noviembre	77

Jueves 6 de noviembre	88
Viernes 7 de noviembre	89
Sábado 8 de noviembre	90
Domingo 9 de noviembre	99

APÉNDICE

PERO ¿A QUIÉN SE LE OCURRE?	111
Michael Faraday	111
GRANDES ÉXITOS DE LA MAGIA EN EL SIGLO XIX	117
La cabeza decapitada	117
Espectros en la ventana	119
El baúl de plomo	121
EL ENEMIGO EN CASA	123
El electroimán	123
¿TE ATREVES A...?	125
Invocar a un fantasma electromagnético	125

*Para mi prima Ana,
que ahuyenta los fantasmas*

MIÉRCOLES 15 DE OCTUBRE DE 1891

Si alguien decide meterse donde no le llaman y le da por curiosear en este diario, o lo pierdo, mi nombre es Juliette Doguereau.

Bueno, en realidad ya empiezo mintiendo. Mi verdadero nombre es Georgina Nicolasa Isaac, pero a ver quién suelta el trabalenguas de un tirón. Sobre todo cuando algún desconocido me sonríe sin saber lo que se le viene encima y me pregunta: «Oye, guapa, ¿cómo te llamas?». Una respuesta sincera me costaría un interrogatorio en toda regla y en serio que no merece la pena.

La ocurrencia fue de mi padre. De quién si no. Constantemente se le ocurren cosas, algunas geniales, otras no tanto. Lo mismo fabrica un mecanismo que monda naranjas al compás de un valsecito, que da con el nombre perfecto para arruinarle la vida a su hija mayor.

«Georgina» por Mendel, «Nicolasa» por Copérnico e «Isaac» por Newton. Para qué menos: sus tres ídolos científicos reunidos, por primera vez, en un solo nombre. En cuanto la matrona Blondet, que atendía el parto, me depo-

sitó en manos de papá, el pobre llegó a la conclusión de que yo sería un genio revolucionario. Vete a saber por qué. Y claro, debía procurarme un nombre a la altura de mi futura grandeza.

Hay amores que matan.

Mi madre puso el grito en el cielo y de ahí no se lo bajaba nadie. Solo dio su brazo a torcer a cambio de que la broma quedara entre nosotros y el cura que me bautizó, el viejo Lousteau, que era tartamudo y jamás podría revelar mi nombre estrafalario. Para el resto del mundo sería Juliette, tal y como ella siempre quiso llamarme.

Solo papá sigue en sus trece y me llama Quitita. De Isaaquita.

O, más bien, me llamaba.

Han transcurrido ya cinco meses de su muerte y me sigue costando hablar de él en pasado: «solía, le gustaba, me decía, papá». Pretérito imperfecto, así explicaba él en la escuela esta conjugación de los verbos. Estaba equivocado. El pasado era perfecto. Son el presente y el futuro quienes ya siempre declinarán imperfectos.

El mundo se ha vuelto ese vacío que antes se abría solo unas horas, cuando él se ausentaba. Es como si el sol o las estrellas cayeran del cielo imitando al otoño en las hojas de los árboles.

Claro que las estrellas no pueden enfermar de viruela.

* * *

Mi padre es, era, el maestro de la escuela de Tissandier, un pueblecito minúsculo de Normandía que se asoma a una playa de guijarros blancos desde lo alto de un acantilado. Siempre decía que había que andarse con ojo con los

niños, que son peligrosos, no porque armen bulla, que también, sino porque son incubadoras andantes, sacos de bacterias del señor Pasteur. Los críos nunca se dejan en casa el tirachinas, las tabas ni los microbios. A mediados de mayo pasado, trajeron en los bolsillos rotos las cartas para apostar en un juego mortal: una epidemia de viruela.

Un miércoles, papá llegó a casa cansado y se llevó la mano a la nuca. Le había mudado el color de la cara y le sudaba la frente. Mientras rebuscaba en el chaleco, a la caza de un pañuelo, sus ojos tropezaron con los míos. Me sonrió. Pero su alegría no era sincera, tuvo que trabajársela un poquito, no como cuando desafiaba en broma el orden maníático de mi madre o les hacía cosquillas en los pies a mis hermanos. En un instante comprendió la tragedia que se avecinaba. Yo no supe interpretarlo y, aunque noté algo raro en su sonrisa, se la devolví intacta.

Era demasiado feliz para presentir tragedias.

Asistían a clase con cierta regularidad unos quince niños. Gaston, el hijo del boticario, manifestó los primeros síntomas. Murió una semana después. Para entonces cinco compañeros guardaban cama y el doctor Camusot repartía su tiempo yendo de casa en casa, repitiendo un itinerario donde pronto le tomaría el relevo el padre Arthez. La escuela se cerró.

En cuanto a mi padre le floreció en la lengua una constelación de motitas encarnadas, se encerró en el laboratorio que había construido en el desván. Solo recorría el cerrojo para recoger la bandeja que mi madre depositaba en el suelo tres veces al día o para atender la visita del médico. Por la cara del doctor Camusot al salir, aprendimos a anticipar las malas noticias. Yo no sabía qué hacer. Daba vueltas alrededor de la casa espantando las gallinas, ace-

chando las claraboyas del desván, buscando la compañía de papá en la sombra de las cortinas, a ver si se asomaba a tomar el aire.

Los primeros días se encontraba lo bastante bien como para aburrirse y le oía cacharrear. Lo imaginaba afinando su fermentador automático de compotas y me sonreía. Antes de agotar la semana, cesó el concierto de las herramientas, su ruido sordo al chocar contra el suelo o su repicar sobre los metales. Nos envolvió una manta de silencio.

Me dio por practicar pequeñas supersticiones. Por confiar en que si rozaba la madera de los muebles y contaba hasta veinticinco él mejoraría. O si evitaba el color morado en la ropa. Decidí que la sombra de las hayas con parches de musgo en el tronco atraía la mala suerte. También rezaba.

Cumplía a rajatabla con mis deberes y después aguardaba sentada al pie de la escalera a que saliera el doctor Camusot. Él me acariciaba el pelo al pasar y su porte severo entregaba puntualmente un informe desalentador. Yo perseveraba en mis rituales y esperaba con ánimo su siguiente visita.

De nada sirvió.

Llegó el día en que mi madre nos reunió a los seis hermanos en el descansillo que conduce hasta el desván. Secándose las manos sin tregua entre los pliegues del delantal, nos contó que papá se quería despedir. Joséphine y David rompieron a llorar. Y ya se sabe que las lágrimas se contagian antes que los bostezos. Para no unirse al coro, mamá recitó hasta tres veces las rigurosas instrucciones que le había dado el doctor Camusot. Que no tocáramos a mi padre ni lo besáramos, que nos mantuviéramos a una dis-

tancia de cinco pasos, que nos cubriéramos la nariz y la boca con un pañuelo, como bandidos al acecho de una caravana...

Mamá me dejó para el final, después de Jacques, Éve, Nathan y los mellizos David y Joséphine.

Conté diecisiete veces las ciento nueve tablas que cerraban la caja de la escalera. Mis hermanos desfilaron dando traspíés, como si un camino de piedras los separase del lecho de mi padre; la puerta se abrió y cerró en cinco ocasiones. Por fin me llegó el turno.

Hacía calor en el cuarto y sin embargo yo lo encontré helado. A pesar de la ventana entornada, el aire estancado retenía el fervor de la infección. A través del pañuelo penetraba un tufo a raíces descompuestas por la humedad, que no asociaba con el olor familiar de mi padre.

Había improvisado una cama con un colchón desfondado y se abrigaba con el paño de unas cortinas viejas que todavía conservaban las anillas. Lo rodeaba una comitiva de inventos inacabados, de brazos desarticulados y engranajes a medio armar.

La viruela lo había metamorfoseado en otra persona que ya no era exactamente mi padre. Lo habían acribillado las cicatrices, como si la enfermedad le hubiera descargado en el rostro una metralla de oro.

Respeté la distancia de los cinco pasos. Una pantalla de cretona verde ahogaba la luz de una lamparita al pie del colchón. Daba la impresión de que nos encontrábamos en el vientre profundo y oscuro de una montaña.

Él me buscó con los ojos. Estaban hinchados y enrojecidos, no sé si a causa de la tristeza o de la fiebre. Y me pedían perdón. Se disculpaban por no compartir conmigo los innumerables frutos de su curiosidad, que ahora se lleva-

ría intactos. Por no montar juntos sus disparatados autómatas de ajedrez. Por no ejecutar sus descabellados planes para que me aceptaran, a pesar de ser mujer, en la universidad. Por no asistir al día de mi graduación, ni pasmarse ante mis magníficos descubrimientos.

Temía que sin él acabara de modistilla o criando los hijos de un hombre que no apreciara mi inteligencia. Que la gran Georgina Nicolasa Isaac, que solo él sabía entrever, se quedara finalmente en una vulgar Juliette. Pero no despegaba los labios. Yo pensé: da igual, papá, eso ahora ya da igual. Él acertó a leer mi expresión y adiviné en la suya que no estaba de acuerdo. En absoluto. Y que la culpa lo abrumaba.

—Abre el cajón —su voz me alcanzó apenas, con unos dedos de escarcha.

Me dirigí a la cómoda que había apuntado con un gesto vago de la mano y probé con los tiradores, abriéndome camino a través de un océano de tornillos y tuercas, hasta desenterrar varios libros y una brújula. Eran los manuales de óptica y electricidad que había comprado dos meses atrás por correo, y que manchaba de sopa cada noche mientras cenaba, leía y al mismo tiempo acunaba al pequeño Jacques.

—Son para ti —susurró con la debilidad de un espectro—. Solo una parte... Tendrás que hacerte... con el resto. Claro que aquí... mucho todavía por descubrir.

Deliraba. De la retahíla de palabras solo entendía retazos. Sospecho que había pensado a fondo lo que quería contarme y había frases enteras que se las comía la fiebre.

—Prométeme que los leerás.

Pasé las páginas. «Menudo rollo macabeo», pensé agobiada, pero ¿qué iba a decirle?

—Claro, papá.

Aquello lo serenó.

—No hemos tenido tiempo, ¿verdad, Quita?

Apreté los labios entre los dientes. El pañuelo me trepaba por la nariz de tanto como hipaba. Necesitaba que en ese preciso instante me consolara, que me dijera algo que me fuera a acompañar siempre: «te quiero, vaya donde vaya estaré contigo, nunca estarás sola...».

La llama se avivó en el candil, para revelar un velo de polvo sobre la tarima del suelo.

—Nunca te fíes de las apariencias, Quita. Tendrás que aprender a pensar por ti misma. Estudia. Naciste con un don especial y debes estar a la altura. No desperdicies lo que te ha regalado el azar. Al mundo le sobran ya los idiotas...

Yo asentía con gestos rápidos a cada palabra.

Llamaron con los nudillos a la puerta. Era la señal de que se agotaba el tiempo, de que el padre Arthez se impacientaba en el rellano, dispuesto a iniciar sus rutinas fúnebres.

Mi padre seguía repasando, angustiado, las obligaciones que me imponía mi inteligencia.

Casi con rabia me acerqué hasta él, al diablo los cinco pasos, me arranqué el pañuelo que me tapaba la boca, le abracé con fuerza y le besé en la frente.

Él continuó hablando, poseído por su verborrea, que arrancaba un soniquete fastidioso a las anillas de las cortinas. Salí corriendo de la habitación.

Esa madrugada murió el hombre enfermo en la gruta del desván. El que divagaba sin cesar sobre un futuro brillante que ya no me correspondía ni me interesaba. Mi padre había muerto días antes de encerrarse allí, la tarde en que buscó un pañuelo de lino para secarse la frente y no fue capaz de dedicarme una sonrisa sincera.

Me siguen desconcertando sus últimos regalos: unos libracos sobre óptica y electricidad (la nueva ciencia que lo entusiasmaba), una brújula y un puñado de consejos enrevesados.

Qué equipaje tan pobre para el larguísimo viaje de esa vida entera sin él que me espera.

Supongo que hizo lo que pudo.

Mi madre también.

Cuando se cumplió el quinto mes después de enterrarlo bajo la hierba cenicienta de Saint-Eustache, me llamó al despacho donde ella y mi padre solían encerrarse a discutir las grandes decisiones familiares. Había vendido ya el microscopio, el reloj de pared que marcaba las fases de la Luna y había descargado las estanterías de kilos y kilos de libros.

Mi madre tiene un buen fondo, aplastado bajo una tonelada de responsabilidades. El cansancio trabaja en ella igual que las lavanderas a la orilla del Sena, que terminan borrando los colores de la blusa más bonita. Mamá siempre habla como un levantador de pesas en mitad del esfuerzo.

—Le prometí a tu padre que ahorraría para que estudiaras y me prohibió que gastara un franco en misas ni funerales. Poco menos que me pidió que lo tirase en la ladera del monte Cuvier, que el tiempo, decía, ha sembrado de fósiles. Allí esperaría la eternidad en compañía de los caracoles y los escarabajos prehistóricos —puso los ojos en blanco y se mordió en los labios una sonrisa tristísima—. Ya sabes cómo era. Por supuesto que pagué su entierro, y que compré una parcelita en el cementerio de la parroquia, y cada veintitrés de mayo el padre Arthez oficiará una misa por su eterno descanso...

A pesar de hacer lo que consideraba correcto, no apartaba los ojos de las estanterías vacías, como si el espa-

cio que habían dejado los libros lo ocuparan ahora los remordimientos.

—Juliette, yo sola no puedo con esta casa y con tus cinco hermanos. Sabe el señor que lo he intentado. Tú eres la mayor —se encogió de hombros, mostrándome las palmas vacías de las manos—. Tendrás que ponerte a trabajar.

Pobre mamá, supongo que mi padre le habría apretado las clavijas a conciencia, haciéndole prometer que lo sacrificaría todo a la causa de mi futura grandeza. Mi misión de leer los libracos era ardua, pero no se podía comparar con la suya.

—Sabes que la tía Margot tiene puesta una mercería en París. A través de los clientes se mantiene al cabo de la calle y te ha conseguido un trabajo sirviendo en una casa. Estarías interna, a pensión completa y pagan hasta demasiado bien —hizo una pausa para jugar con el dobladillo de la falda enlutada—. Con un poco de suerte ahorrarás algo para ti y podrás pagarte los libros que quieras y hasta un tutor que te dé clases.

Qué bonitas suenan algunas mentiras, ¿verdad? En este caso también era una forma de pedirme disculpas y de decirme que me quería.

—Claro, mamá.

Disculpas aceptadas.

* * *

Y en esas estamos. Mañana abandono mi pequeño mundo de Tissandier. Adiós al vértigo de los acantilados y al trasiego de los barqueros que cargan el río con la piedra de las canteras. Se me hace increíble pensar en París, tanto como imaginar que embarco en un viaje submarino rumbo a la Atlántida.

El reloj pingüino de papá se tambalea en su pista de patinaje y marca ya las tres de la madrugada. La luna llena está altísima en el cielo de octubre. Dentro de tres horas la tartana del tío Étienne doblará el último recodo del camino y me recogerá para llevarme hasta la diligencia que parte hacia Ruán. Una vez allí cogeré el tren a París.

En vista de que no pegaba ojo, me ha dado por estrenar este diario. Estaba convencida de que sus cubiertas de tela acumularían el polvo de los rincones. No me van los diarios.

Cuando me lo regaló papá, la primavera pasada, me costó disimular la decepción. ¡Ah, si entonces hubiera podido leer en sus páginas los acontecimientos que acabo de repasar esta madrugada! La idea me atrae. Froto el relieve de la encuadernación, tratando de propiciar el encantamiento que complete sus hojas en blanco con el relato de lo que se me viene encima. Pero nada. Que las muy condenadas no sueltan prenda.

La verdad es que no me reconozco. Quién me iba a decir a mí que era capaz de llenar así, a lo tonto, quince páginas. A ver si no se queda en un pronto, que yo soy muy de arrebatos y luego dejo todo a medias.

O no sé. Si al final soy feliz en París, quizá no me traiga cuenta perder el tiempo repitiéndomelo por escrito. En cambio, si soy desgraciada, puede que complete sus ciento cincuenta páginas y hasta que me compre otro.

En fin, chica, suelta la pluma y cierra el tintero. Y de paso los ojos, que mañana te espera un buen traqueteo y acabarás muerta. Termino con un propósito para mi nueva vida de sirvienta: no morderme las uñas. Cada vez que papá sorprendía la carnicería de mis pulgares pegaba un respingo.

Si no me dan muchos sustos, igual lo consigo.